BIBLIOTECA BALLESTEROS
NUEVA GALERÍA DE ARGUMENTOS DE ÓPERA

MARÍA DE ROHAN

Melodrama trágico en tres actos, libro de Salvador Cammarano,
MUSICA DEL MAESTRO

Cayetano Donizetti

COMPENDIO DEL ARGUMENTO
POR
MISOLDÓ

PRIMERA EDICIÓN

MADRID
IMP. DEL FOMENTO NAVAL.—SAN BERNARDO, 19
1907

5761 7

BIBLIOTECA BALLESTEROS

NUEVA GALERÍA DE ARGUMENTOS DE ÓPERA

MARÍA DE ROHAN

Melodrama trágico en tres actos, libro de Salvador Cammarano,
MUSICA DEL MAESTRO

Cayetano Donizetti

COMPENDIO DEL ARGUMENTO

POR

MISOLDÓ

PRIMERA EDICIÓN

MADRID

IMP. DEL FOMENTO NAVAL.—SAN BERNARDO, 19

1907

Es propiedad de Biblioteca Ballesteros. Queda hecho el depósito que marca la ley. Prohibida su reproducción.

PERSONAJES

María, condesa de Rohan.
Armando de Gondi.
Ricardo, conde de Chalais.
Enrique, duque de Chevreuse.
El vizconde de Suzé.
De Fiesque, capitán de ballesteros.
Aubry, secretario de Chalais.
Un familiar de Chevreuse.

Damas, caballeros, soldados, pajes, guardias, un ujier del rey, servidumbre, etc., etc.

La acción en París.—Reinado de Luis XIII.

MARÍA DE ROHAN

ACTO PRIMERO

SALA BAJA EN EL PALACIO DEL LOUVRE

En el momento que empieza la acción, damas y caballeros de la corte van reuniéndose en aquella estancia, sorprendidos de la alegría inusitada que se nota en aquel palacio, antes sumido en el más tétrico silencio.

Murmurando sobre el misterio que envuelve todo aquello, siguen los cortesanos circulando por las galerías.

Ricardo, conde de Chalais, sale á poco de las habitaciones del rey. Mira si alguien le sigue ó le observa y saca un billete amoroso, en el que una dama le dice: «No sigais la caza. Antes que vuelva el rey, es preciso que hablemos».

La carta es de la condesa María de Rohan, á quien Ricardo suponía injustamente desdeñosa. Esta cita le da nuevas esperanzas para su amor, si bien no puede explicarse un cambio tan repentino.

—«*Antes*—dice—*cuando yo caía á sus pies implorando una palabra de consuelo se negaba á oirme, y ahora...*»

En este momento, sale de las habitaciones de la reina la condesa María, agitada, intranquila, que se dirige á Ricardo en estas palabras:

—*¡Conde!... Vos podeis evitar un golpe funesto.*

—*Hablad, señora... ¿Qué sucede?*

—*El cruel sobrino del ministro Richelieu desafió al duque de Chevreuse, y éste dió muerte á su rival.*

—*Lo sé.*

—*Justa ley condena al matador... Sólo vos, que gozais de la privanza del rey, podeis salvar al duque. Pedid gracia para él.*

Ricardo pregunta si se trata de un rival amoroso, la condesa esquiva una contestación categórica, y por fin, Ricardo accede á pedir al rey el indulto del duque de Chevreuse.

Vuelven á salir los cortesanos y con ellos llega el vizconde de Suzé, sorprendiendo á la condesa, llorosa y angustiada, en medio del júbilo general.

María trata de disimular su pena, inútilmente; pues todos adivinan en su semblante un dolor oculto.

Los cortesanos hacen comentarios en voz baja.

A poco se presenta un ujier buscando á la condesa María, á quien entrega un pliego cerrado. Es el indulto que el rey concede al duque de Chevreuse.

María comprende que aquella gracia la debe al noble corazón de Ricardo, á quien ama ciegamente, pero cuya pasión no puede salir á la luz del día.

En compañía de algunas damas, la condesa se dirige á las regias habitaciones para ofrecer su gratitud por la merced alcanzada.

Avanzando con gran desenvoltura, llega al grupo de cortesanos Armando de Gondi, un gallardo joven de la aristocracia francesa. Los cortesanos le rodean, preguntándole cómo se atreve á llegar hasta allí después de haber tomado parte en el duelo, apadrinando al matador.

—*¡Teme*—le dicen—*las iras del ministro Richelieu por haber sido padrino de Chevreuse.*

En este momento Ricardo Chalais aparece por el fondo de la sala, preocupado. Pasea distraído.

Gondi dice á los cortesanos que al ministro le preocupa más que el desenlace del duelo, su próxima caída. Gondi lo celebra mucho porque es su rival.

Todos se sorprenden de aquellas palabras y Gondi las explica, diciendo:

—*Hace dos meses que persigo á una dama noble, gentil y desdeñosa. ¡Es una* LUCRECIA!

—*No te fíes de las apariencias, Gondi. Las Lucrecias... no abundan*—le replica el vizconde.

—*Traté*—añade Gondi—*de averiguar la causa de su desdén, hasta que la ví entrar cierta mañana en las habitaciones del ministro...*

Intrigados por la historia, preguntan ¿quién es ella?, y Gondi exclama:

—*Todos la conoceis. La condesa María de Rohan.*

Ricardo al oir esto, avanza hacia Gondi, amenazante y exclamando: *¡Mientes!* Gondi desenvaina su espada, queriendo vengar la ofensa, y Ricardo le arroja un guante que el gallardo joven se apresura á recoger, diciéndole: *¡Mañana!*

La llegada del duque de Chevreuse corta la violenta escena.

El duque nota la turbación de Ricardo, pregunta la causa y el vizconde le hace saber lo del duelo concertado con Gondi.

—*¡A muerte!*—exclama Ricardo mirando fieramente á Gondi—y éste replica dirigiéndose al duque: *¡En la Torre de Nesle, al rayar el alba!*

Van llegando nuevamente más cortesanos y, entre ellos, María de Rohan que trae la noticia de la caída de Richelieu, noticia que produce gran alegría á Gondi, el cual da vivas al rey para demostrar su contento.

El duque, que ya conoce la gracia de indulto, exclama dirigiéndose á los cortesanos:

—*La suerte me hace hoy completamente feliz. ¡Por fin puedo presentaros á mi esposa, á la condesa María de Rohan!*

Esto produce sorpresa general y asombro en Gondi y Ricardo que dicen aparte: *¡Su esposa!... ¡Ella!...*

Chevreuse cuenta que Richelieu quiso casar á su sobrino con María; que, hace un año, lazo secreto le une á ella y que hoy comienza á brillar el sol de su dicha.

En tanto María observa atentamente á Ricardo y adivina en su rostro el tormento que le produce lo que acaba de descubrir Chevreuse.

Los cortesanos felicitan al duque y hacen votos por el amor de los esposos que no tienen ya por qué ocultar.

El vizconde se acerca á Ricardo y haciéndole una profunda reverencia le dice: *¡El rey os nombra su primer ministro!*

La nueva es celebrada por todos como síntoma de buen augurio para la par y el bienestar de Francia. Ricardo, antes de salir de la sala, dice á Gondi: *¡A la Torre de Nesle!*, y Gondi replica—*¡Iré!*

En este momento se descorren las cortinas del fondo y dejan ver los iluminados jardines del Louvre en plena fiesta.

ACTO SEGUNDO

SALÓN EN EL PALACIO DEL CONDE DE CHALAIS

Este aparece escribiendo con gran interés en tanto que Aubry, su familiar, en el fondo de la estancia, escucha el ruido que produce la fiesta del Louvre.

El reloj de palacio da cuatro campanadas, Ricardo termina la carta y llama á su familiar, después de guardar aquélla con llave en un secreter.

—*¡Aubry!*

—*¡Señor!*

—*Si llega la noche y no he vuelto... violenta esta cerradura, coge esa carta y llévala á quien va dirigida. En propia mano ¿entiendes?...*

—*Descuidad, señor.*

Ricardo se acerca á la puerta de una cámara en la que se halla gravemente enferma su madre y exclama tristemente:

—*¡Quién sabe, madre mía, si dentro de algunas horas dormiremos ambos el sueño eterno!...*

Se presenta Gondi, el rival de Ricardo, á quien Aubry cierra el paso. Gondi entra á la fuerza y Ricardo al verle se sorprende, preguntándole qué le trae.

Gondi le pide su venia para aplazar el duelo una hora, porque antes quisiera ver á una amiga de la infancia, su primer amor, y Ricardo accede, diciéndole irónicamente, que no hay quien se oponga á tan tiernas exigencias.

Llega de pronto, oculta bajo un antifaz y un dominó, María de Rohan.

Gondi, al verla, dice á Ricardo que por lo visto también él tiene lágrimas amorosas que enjugar y que no son «tan raras las Lucrecias.»

Gondi desaparece discretamente, María se des-

cubre á Ricardo que estalla de alegría, pero ella le dice que no tiene motivos para alegrarse.

Richelieu vuelve al poder, la reina se lo ha dicho en secreto; Ricardo salvó la vida al esposo de María y ella quiere pagarle en la misma moneda, salvándole del peligro que le amenaza, pues sabe que al despuntar el día será encarcelado.

La voz del esposo de María óyese dentro llamando á Ricardo, y éste, al ver comprometido el honor de la dama, la hace esconderse en la sala de armas.

Entra Chevreuse en busca de su apadrinado porque es la hora del duelo. Ve una espada que hay sobre la mesa, y no pareciéndole propia para el lance quiere escoger otra mejor en la armería de Ricardo, quien al ver que Chevreuse va á entrar, le detiene sobresaltado.

Chevreuse se fija en el antifaz caído en el suelo y comprende que Ricardo tiene escondida una mujer en la Armería, sin sospechar que es la suya, pero le dice que no quiere saber nada y que sólo ha venido por cumplir un sagrado deber.

—*No trato*—dice Chevreuse—*de violar tu secreto; he venido por tu honor. Vamos al duelo. Yo te precedo, pero no tardes. Te sonreirá la victoria como te sonríe el amor...* y sale de la estancia rápidamente.

Ricardo cierra la puerta y hace salir de la Armería á la dama que se halla poseída de terror. El galán procura calmarla, diciéndola que pasó el peligro, pero María dice que aún queda otro peligro mayor; el del duelo. Le exige juramento de que no irá á batirse y de que huirá de París, porque por todas partes le persigue la muerte.

Ricardo invoca su honor comprometido y dice que no hay otro remedio que seguir adelante.

En el reloj del Louvre suenan las cinco. Es la hora. Ricardo no puede detenerse más y se dispone á salir, antes que le supongan cobarde.

—*¡Soy yo quien te lo pide, Ricardo!* exclama María

con angustiado acento: *¡Ten piedad de mí!... ¡Piensa en tu pobre madre!...*

—¡No aumentes más mi desventura!

—¡Aquí moriré si no cedes!... (Arrodillándose)...

—¡María!... ¿quiéres deshonrarme?

Se oyen golpes en la puerta del fondo y una voz que grita:

—¡Conde!... ¡Conde!...

—¿Quién va?—dice Ricardo.

—Vengo á avisarte de que, pasada la hora del duelo, se dispone el duque de Chevreuse á ocupar tu sitio...

—¿Lo oyes, María?... ¡Vizconde!... ¡Ve y deténle!... ¡Yo te sigo!...

Ricardo toma sus armas y va á salir siempre interrumpido por María.

—¡Déjame partir!...

—¡Vas á la muerte!...

—A morir comencé, cuando supe que eras esposa de otro... Abandóname á mi suerte... y llora sobre mi tumba.

—¡Por el amor que te inspiré, por tu madre, Ricardo, no vayas!... ¡Te lo pido de rodillas!...

Ricardo desoye los ruegos de María y sale corriendo. María se levanta y le sigue rápidamente.

ACTO TERCERO

ESTANCIA EN CASA DEL DUQUE DE CHEVREUSE.—ESTE APARECE CON EL BRAZO DERECHO VENDADO Y SE HALLA SENTADO CERCA DE UNA MESA EN LA QUE ESTÁN LAS PISTOLAS DE RICARDO. MARÍA, EN PIE, Á SU LADO, Y EN EL OPUESTO RICARDO Y ALGUNOS CRIADOS

María se halla intranquila, agitada, y su esposo, creyendo que es por su causa, trata de calmarla asegurándole que la herida no tiene importancia.

Ricardo se lamenta de haber llegado tarde al duelo, y su amigo Chevreuse le dice:

—*No se hable más de eso. Pensemos ahora en ti. Te acecha la desgracia; yo te salvaré. Vamos.*

Chevreuse intenta salir de la estancia para indicar á Ricardo un camino de fuga; pero éste le ruega que repose por el estado en que se halla. Chevreuse le replica que no hay reposo posible cuando un amigo como él se halla en peligro, y sale de la estancia á preparar la fuga de Ricardo.

Llega en esto Aubry, el familiar de Ricardo, con la mala noticia de que el palacio de su señor ha sido invadido por un piquete de arqueros y, lo que es peor, han registrado los papeles y...

Ricardo al oir esto palidece y dice aparte á María:

—*¡Estás perdida!*

—*¿Yo?...* pregunta ella sobresaltada.

—*Antes de salir para batirme, te dejé escrita una carta... Allí hay algunas frases de amor... Esa carta estará ya en manos del ministro y no tardará en llegar á las de tu marido.*

—*¡Dios mío!*

—*¡Huye, María!... Teme el primer momento de su venganza... Sígueme... Juro respetar tu virtud... Te llevaré con tu hermano.*

—*¡Calla!... ¡El duque!...* interrumpe María al ver entrar á su esposo por una puerta secreta.

—*Por aquí*—dice Chevreuse á Ricardo—*llegarás á los muros de la ciudad. ¡Vamos! Allí te espera un buen caballo.*

Chevreuse desaparece por la puerta secreta, y Ricardo se despide de María con estas palabras:

—*Si suena la próxima hora y no vienes cerca de mí... ¡vendré yo á morir contigo!*

Y Ricardo sale precipitadamente por donde se fué Chevreuse.

María, llena de terrible emoción, llorosa y angustiada, cae de rodillas y eleva al cielo una sentida plegaria.

A los pocos instantes vuelve Chevreuse, muy contento de haber facilitado la salvación á su desgraciado amigo, y cuando está refiriéndoselo á María, entra un familiar anunciando á Fiesque, capitán de ballesteros, y diciendo á María que la reina la llama.

María comprende el alcance de la llegada del capitán y teme una tremenda desdicha.

Al salir se cruza con Fiesque, que le hace una profunda reverencia. Este, que viene seguido de algunos soldados, se adelanta á Chevreuse y dice:

—*Señor Duque, el ministro espera que me reveléis el paradero de Chalais. Antes leed este pliego. Espero respuesta.*

Chevreuse abre el pliego, reconociendo en él la letra de Ricardo, y lee: «Dentro de poco quizás caeré muerto... El silencio de la tumba guardará mi amor... Al pedirte una lágrima por mí, recibe con mi último adiós tu bella imagen.» Y al ver el retrato de María, Chevreuse estalla de cólera, mirando aquella prueba de su desgracia, una y cien veces, para dar crédito á la traición. Al peso de tan cruel desengaño, cae desfallecido sobre una silla, lamentando su triste suerte.

El capitán se atreve á rogar al duque la respuesta solicitada poco antes, y éste exclama:

—*Chalais... ¡huyó!*

A Chevreuse le asalta la duda de si *ella* habrá seguido á su amante, y da orden á un familiar para que la busque y la haga venir.

Fiesque dice que Chalais no ha podido salir de aquel palacio porque se halla bien rodeado y custodiado.

Un rayo de feroz alegría brilla en los ojos de Chevreuse, que acaricia ya la venganza.

María llega, avanza hacia su esposo con paso incierto, extremadamente pálida, los ojos inmóviles, asustados, mirando con insistencia al reloj y balbuceando: *¡Vengo al suplicio!*

Chevreuse, con un puñal en la mano, que apoya sobre la mesa para sostenerse, contempla á María unos instantes. La hace sentar junto á él y observando que ella mira al reloj le dice irónicamente:

—*¿Estás inquieta?... Es verdad, te espera la reina.*

Chevreuse no puede disimular por más tiempo su encono y le pide cuentas de su conducta echándole en cara su traición. María trata inútilmente de calmarle con lágrimas y súplicas de piedad. El reloj da las seis; María dirige una significativa mirada á la puerta secreta y respira con fuerza. Chevreuse sorprende este movimiento de su esposa queriendo adivinar lo que significa... Arrastrando, la conduce hasta la puerta, y la dice con terrible furor:

—*¡Fijemos allí nuestros ojos!... ¡Esperemos juntos que alguno la abra!... ¿Por qué tiemblas, esposa mía? ¡Yo siento un júbilo inmenso!...*

En este momento preciso se abre la puerta secreta y aparece Ricardo; Chevreuse al verle, lanza un grito de feroz alegría y pregunta:

—*¿A qué vienes?*

—*¡A morir!...* contesta Ricardo tirando la espada para no defenderse.

Entra un familiar anunciando al duque que está

tomada también la puerta principal del palacio. María se halla aterrorizada.

—*Entreténlos un instante*—contesta Chevreuse. Sale el familiar, el duque cierra la puerta y dice, dirigiéndose á Ricardo. *¡Ha llegado el instante!*

—*¿Buscan una vida que me es odiosa? Pues yo mismo...*

Chevreuse detiene á Ricardo, que intenta suicidarse, diciéndole que su vida le pertenece y ofreciéndole una pistola exclama:

—*Toma y sígueme!*

—*¡Para qué!*—replica Ricardo.

—*¡Dios del cielo!*—dice María.

—*¡No saldrás vivo de aquí! ¡Para tí ha sonado la hora de la muerte!*

—*¡Antes yo, por piedad!*—exclama María en tanto que Ricardo, dirigiéndose á Chevreuse, dice:

—*¡No temo tu furor! ¿Qué haces? ¡Ya tardas!*

Oyense repetidos golpes en la puerta del centro. Chevreuse, deteniendo á María que quiere interponerse, conduce á Ricardo por la puerta lateral, cerrándola tras sí. María cae sin sentido al suelo. Forzada la puerta del fondo entra por ella Fiesque y un pelotón de ballesteros. Se oyen dos disparos de pistola y María se levanta aturdida. Abrese violentamente la puerta lateral; por ella aparece Chevreuse, con las facciones descompuestas, que se acerca á María y le dice:

—*¡Para él la muerte!*

—*¡Oh, Dios mío!*—exclama sollozando María.

—*¡Para tí, la vida con la infamia!*

¡Y la infortunada condesa María de Rohan cae de rodillas, juntando las manos y dirigiendo al cielo una triste mirada que pide consuelo á sus amarguras!

3 0112 098520676

Para pedidos de tomos de esta Biblioteca al autor: D. COLOMÁN BALLESTEROS. — Plaza de las Cortes, núm. 7. — MADRID.